

Neus Pallarés Casals nació en Barcelona el 22 de febrero de 1943. Es Titulada en Danza por el Instituto del Teatro y Licenciada en Historia General y Geografía (Universidad de Barcelona). Ha obtenido un Postgrado en Historia de las Mujeres (Centre d'Investigació Històrica de la Dona, Universidad de Barcelona). Ganó el Premio Ulises de Narrativa Corta en El Viso del Alcor (Sevilla, 2004), fue finalista de los Premios Literarios de Constantí (Tarragona, 2004) y Tercer premio del Certamen Literario Scoris-Natural Optics (Lleida, 2005). Ha publicado varias narraciones cortas en obras colectivas.

Neus Pallarés Casals

Barcelona, 1943

Tercer Premio

PROFESOR VISITANTE

“Dijimos sin reproches Gérard, sin reproches y sin rencor, nuestra relación estuvo muy clara ya desde un principio, no hubo engaños, no hubo doblez; ni por tu parte ni por la mía; cuando tu estancia aquí terminara, al finalizar el curso, tú retornarías a tu país, a Burdeos, retomarías la que realmente era tu vida, tus rutinas habituales, tus estudiantes y tu cátedra, y tratarías de encauzar de nuevo tu relación de pareja con... vamos a ver, ¿cómo se llamaba?... ah, sí, ya recuerdo, Odile. Con ella, con Odile, tu esposa, las cosas a lo que parece no habían ido demasiado bien y de común acuerdo habíais decidido concederos un tiempo de reflexión, una especie de moratoria. Un año sabático, si quieres usar el lenguaje propio de nuestra profesión, los dos lo necesitabais. Con absoluta libertad para ambas partes. Muy europeo, muy civilizado desde luego. Decidiste entonces venirte aquí y profundizar en una cultura que te fascinaba, la del viejo al-Andalus, la que nos hace distintos al resto del medioevo continental. Si amigo mío, según una expresión muy manida, muy en boga hace unos años, *Spain is different*. Reconocido medievalista ya entonces, no te costó mucho

conseguir una plaza de profesor visitante en nuestra universidad. Lo aprovechaste en más de un aspecto, seamos sinceros, no sólo en el académico, rompiste varios corazones entre el alumnado y también el de alguna colega, alguna compañera de departamento, me consta. Inevitable; te recuerdo tal y como eras entonces, ya no muy joven pero todavía apuesto, la madurez perfecta, siempre vestido de oscuro, jerséis de cuello de cisne. El profesor Mercier, el doctor Mercier... ¿Qué queda hoy de todo aquello? recuerdos, recuerdos únicamente, la vida ha pasado para todos, para ti, para mí. Sin reproches Gérard, sin rencores, fue lo acordado. Los dos lo cumplimos”.

Un dolor inesperado y súbito, Alicia contempla una vez más, largamente, la fotografía en el periódico; la de un hombre que ahora le parece casi un extraño, un perfecto desconocido; los titulares sin embargo no dejan lugar a dudas: “Muere a los ochenta y tres años el afamado medievalista Gérard Mercier”... El artículo, a página completa, contiene algunas inexactitudes que poco o nada pueden importar ya a los lectores. Gérard. Su encuentro con él pertenece al pasado, un pasado remoto, el de sus tiempos de estudiante. Una relación sin continuidad, sin futuro, lo supo ya desde un principio, una relación que ni dejó huella ni detuvo su vida en ningún momento, es lo que, tal vez sin demasiado convencimiento, está diciéndose a sí misma. Él partió, no volvieron a verse, ella aquel mismo año terminaba sus estudios y, después de una serie de empleos precarios y mal pagados, tras opositar, bien pronto consiguió una plaza de profesora de segunda enseñanza; en su misma ciudad, hubo suerte, alguno de sus compañeros vivió un auténtico destierro. Fue madre; ahí, sobre su escritorio, la foto de Fiona. Una hija sin padre conocido, en su momento no quiso renunciar a la experiencia de la maternidad, pero se negó obstinadamente a unir su vida a la de un hombre, a la de cualquier hombre. Hoy, ahora, en este momento, sabedora de la muerte de Gérard, se pregunta acaso por primera vez el porqué, la causa de que rehuyera siempre la posibilidad de establecer ese vínculo y si su relación con el francés tuvo algo que ver en ello, pesó de forma inconsciente en su decisión.

Gérard, su amigo, su pareja de unos meses. A su lado creyó vivir un sueño. Todo se inició con un viaje a Córdoba. Difícil le hubiera sido más tarde encontrar a otro como él, ni siquiera parecido. Gérard. Su llegada, su presencia en las aulas durante todo un curso, conmocionó a la facultad. Un revulsivo, alguien diferente, con él parecieron soplar aires de renovación entre las

paredes del viejo edificio. Ahora, la noticia de su fallecimiento. Por cierto, tendrá que decírselo a Charo, su antigua profesora, colega de Gérard, durante aquel curso ambos impartieron la misma materia. A buen seguro ni tan siquiera conoce la triste nueva, Charo vive en estos momentos en un mundo propio y peculiar, por completo ajeno a los ambientes académicos, muy distinto al que siempre fuera el suyo, desde que años atrás se jubiló parece haber olvidado su antigua dedicación, abominar incluso de los estudios históricos. “Eso pasó ya para mí bonita, de ahora en adelante no pienso quemarme las pestañas descifrando antiguos documentos ni leyendo los artículos, áridos o pedantes, que puedan publicar mis colegas, ya sabes, textos breves que poco o nada aportan y andan sobrados en notas a pie de página”. Consecuente con tales declaraciones, en su casa y desde entonces pueden encontrarse por todas partes novelitas fáciles y revistas del corazón. O recetarios de cocina. Contradictoria Charo; como todos por otra parte. Siempre pensó que la historia la apasionaba y en cambio, de un tiempo a esta parte, parece esforzarse en mutar a lo que nunca fuera, la perfecta ama de casa. Su biblioteca ha desaparecido o casi, muchos ejemplares han sido vendidos o regalados a sus antiguos estudiantes. “Me equivoqué, lo reconozco, en su momento debí tomar otro camino”. Sus hábitos, siempre morigerados, se han trocado en los de una beata a la que, resulta a todas luces evidente, le pesa su soledad. Jamás se casó, no se le conocieron amoríos; ni el más ligero devaneo; en opinión de sus alumnos parecía una monja exclaustrada y alguno hubo que, en un principio, la tomó realmente por tal. Ya en la vejez, tal vez se arrepiente de haber dejado de vivir; y tratando de escapar a la realidad fantasea sobre el pasado. Como sea, ahora tendrá que contactar con ella, hablarle de Gérard. También Charo les acompañó en aquel viaje, para un grupo tan numeroso se imponía la presencia de dos profesores. Sí, irá a verla, hablarán a buen seguro de las jornadas vividas en Córdoba. Alicia se pregunta cuál será su reacción. Y recuerda.

Aquel año tendrían en la facultad a Gérard Mercier. Nada menos. La noticia, sólo un rumor sin demasiados visos de verosimilitud antes del verano, se confirmaba ahora, al iniciarse el nuevo curso. Profesor visitante. Un lujo; o una excitante novedad. Entre los alumnos algunos conocían sus obras, las habían leído y sabían de su valía; todos sin embargo, sin excepción, habían oído hablar de él. Brillante especialista en al-Andalus, los Omeyas, el califato de Occidente, los reinos

de taifas, la Granada nazarí, constituían un terreno en el que parecía moverse como pez en el agua. Sería interesante asistir a las exposiciones del francés. “Jo, el asunto tiene su miga, que venga ese elemento a hablarnos de la que se lió aquí es la leche. Veremos qué dice, veremos qué opina de nosotros, los descendientes de sus amados moros. Porque eso es lo que a buen seguro somos para él, ya sabéis aquello de que Europa termina en los Pirineos y África en cambio... Como sea, esto va a parecerle tercermundista y con razón, nuestra universidad da pena; o asco, según se mire”. Otros, los estudiantes de Contemporánea, lamentaban que, en lugar de un medievalista, no se hubiera traído a alguien que les hablara de la Revolución, de la guerra de 1808, de la caída de los absolutismos; también de Marx, de... Era lo que había sin embargo. Una cuestión importante, que saltó casi de inmediato, era la del idioma: ¿en qué lengua serían impartidas las lecciones por Mercier? Se evidenciaban así algunos temores, penosas carencias, ignorancia. De cualquier forma, y hablara en la lengua que hablara, no eran pocos los que se disponían a convertirse en sus alumnos. Imposible dejar pasar semejante ocasión.

Alicia Cabrera comprobó una vez más, y no sin contrariedad, los horarios: lunes, miércoles y viernes, once de la mañana, aula cuatro; impensable pues para ella matricularse con Mercier, su trabajo en una agencia de viajes no se lo permitía. Tal vez algún compañero se prestara a hacerle el favor, a pasarle los apuntes, aunque bien lo sabía, no sería lo mismo ni muchísimo menos, nada como la presencia del profesor, como el intercambio de pareceres y la posibilidad de consultarle sobre cualquier punto oscuro. Y ella estaba realmente interesada en aquella materia; mal que le pesara debería resignarse a asistir a las lecciones de Charo Jiménez, una buena mujer sin duda, muy erudita, comprensiva y abierta al diálogo pero... “Sus clases son un coñazo, allí en menos de cinco minutos te da el muermo; lisa y llanamente, con ella te mueres de aburrimiento”.

Charo Jiménez; escucharla a ella existiendo la posibilidad de poder cursar la misma asignatura con Mercier le parecía casi un sacrilegio. Charo hacía cuanto estaba en su mano para ganarse a sus alumnos, para conseguir su confianza, su amistad incluso, pero era una mujer falta por completo de carisma y de facilidad de palabra. A Alicia casi le daba pena, por lo cual intentó una aproximación, si bien su disgusto, su malhumor, no hicieron sino aumentar a medida que transcurría el curso y le llegaban nuevas referencias sobre el francés. El entusiasmo de sus compañeros era una nueva carga

que se le imponía; la admiración llegaba a hacerse patente incluso en lugares tan inverosímiles como las puertas de los servicios, donde aparecían con más y más frecuencia apresuradas inscripciones escritas con rotulador. “Un tío increíble, algo inimaginable, un bombazo para la facultad, aquí andamos todos comidos del tedio y la rutina. Era necesario que llegara ese hijo de puta para... Eso sí, en los parciales sudas sangre, no hay trucos que valgan, papel y bolígrafo es todo cuanto nos permite conservar. Y porque estamos en invierno, igual para los finales, ya en verano, tenemos que ir en bañador; o en perneta. Todo para acabar suspendiendo, una mancha vergonzosa en el historial, no te jode. Pero no importa, quizá ni pase las evaluaciones; después de este curso con él el próximo año me matriculo con esa hija de María, con Jiménez, y apruebo sin necesidad de asistir a clase ni una sola vez. Y lo hago con nota”.

Sí, Mercier era estimulante, Alicia veía como, día tras día, las clases de Charo se iban vaciando, muchos se pasaban a las de su colega, aunque fuera como simples oyentes. Aquello la contrariaba, hubiera querido formar parte también ella del grupo de Mercier, pero no tenía opción. Única contrapartida lo fue la amistad que, de forma impensada, nació entre las dos, profesora y alumna, una amistad sincera que lo sería ya para siempre. Charo era afectuosa con ella; concienzuda, meticulosa, sabía orientarla, aunque no se engañaba, era muy consciente de sus propias limitaciones.

—No creáis, también a mí me gustaría ahora convertirme en alumna de ese hombre. Oportunidades así se presentan pocas y comprendo que os contraríe estar aquí conmigo, pero...

No cabía sino resignarse.

Primavera ya, abril, faltaban sólo unas pocas semanas para que el curso finalizara. Fue entonces cuando se le ofreció a Alicia una impensada oportunidad, Mercier organizaba un viaje a Andalucía; a Córdoba, la ciudad califal. Visitarla con él era más de lo que se hubiera atrevido a desear, conseguiría que en la agencia le concedieran aquella semana libre, a cuenta de sus vacaciones o de lo que fuera, y formaría así parte del grupo. Ella y también Charo, se necesitaban dos profesores y Jiménez sería la segunda. Sería curioso verlos a ambos en acción, simultáneamente. “La pobre

Jiménez tiene ahí un papelón que ni te lo cuento, la anulará”. Por cierto, el cambio de imagen de Charo, su aspecto el día de la partida, cuando, muy de mañana, tomaron el autocar en una céntrica plaza de la ciudad, fue muy comentado. Su recogido de pelo habitual había desaparecido sustituido por un corte más juvenil; en su rostro levisimas trazas de maquillaje sabiamente aplicado; vestía ropa informal, deportiva, no el severo traje sastre que acostumbraba. Aquello provocó más de un comentario malicioso: “Cómo no, andando Gérard de por medio... Me pregunto si compartirán habitación en Córdoba, seguro que a ella no le desagradaría y al fin y al cabo tendría su lógica, son los dos profesores, los expertos. A saber qué otras prendas lleva en su equipaje, algún camisón negro, transparente, para unas hipotéticas noches de lujuria, ropa interior negra también, no conviene descuidarse... Aquí se prepara algo muy gordo, la camarada Jiménez llega dispuesta a entrar a saco”.

Pronto sin embargo se manifestaron claramente las intenciones de Mercier; al llegar a Córdoba. No, no se alojaría con ellos en la residencia estudiantil a la que se dirigían. “Bastante tengo con cargar con vosotros por la mañana, con explicaros durante algunas horas lo que fue esta civilización, no pretendáis además convertirme en canguro. No amigos, afortunadamente sois todos mayores de edad y responsables por tanto de vuestros actos, ahí os las compongáis, las tardes me las reservo. Si Charo quiere... en fin, ella sabrá, de todas maneras os pediría que no la agobiarais demasiado. Por mi parte voy haciéndome mayor y necesito un poco de tranquilidad. Eso y tiempo para mis estudios. Hablemos claro, no he venido a Córdoba para actuar única y exclusivamente como vuestro cicerone, ¿entendidos? Tengo mis propios planes”.

Se escucharon algunas protestas, pero pronto los estudiantes se dieron cuenta de que la que les ofrecía su profesor era la mejor opción; les dejaba en libertad para emplear las horas de la tarde, las de la noche, en lo que les viniera en gana. ¿Y dónde se alojaría Mercier? Al parecer, no con ellos. El hombre no tuvo inconveniente en revelárselo, aquello no era ningún secreto: “En la Judería, donde unos compatriotas. Un matrimonio amigo mío regenta un hotel sencillo, pero limpio y agradable, muy tranquilo. He estado allí otras veces, siempre que he venido a Córdoba. El reencuentro nos es muy grato”.

Alicia, anteriormente, apenas había visto a Mercier, sólo cuando se cruzaba con él por los pasadizos de la facultad; un desconocido por tanto. Ahora le escuchaba por vez primera. Sonrió, aquel hombre le parecía franco y abierto. Inteligente. Le gustaba.

—Tú no eres alumna mía.

No ya una pregunta, una certeza.

—No lo eres, eres discípula de Charo, sin duda. Estabas en el autocar y esta mañana aquí, en la Mezquita, con el grupo. Permíteme, a buen seguro no te dabas cuenta, pero tu expresión de asombro hablaba por ti. Nada extraño, la Mezquita es única, una maravilla. ¿Vienes por primera vez a Córdoba?

No le había visto aproximarse entre el bosque de columnas, pero aquí estaba, junto a ella. Aquella mañana habían visitado el templo y escuchado a los dos profesores, pero luego Alicia sintió el deseo imperioso de un regreso en soledad. Fascinada, se sintió casi viajera en el tiempo, creyó retroceder a siglos ya periclitados; mil presencias parecían rodearla, otra lengua, otra cultura y religión, otra concepción del mundo, voces del pasado parecían hablarle. Y ahora, de súbito, el francés estaba a su lado, se dirigía a ella, sumida en la contemplación. Sentía un ligero vértigo. Sonrió y asintió con la cabeza.

—Este lugar es increíble desde luego. Sagrado. Pero pierde gran parte de su hechizo visitándolo como lo hemos hecho antes, en grupo y en plan académico, acompañando a un montón de jóvenes que no cesan de tomar apuntes o hacer fotografías. A solas con uno mismo es infinitamente mejor. Ven, ya que nos hemos encontrado te lo mostraré de una forma distinta. Ven.

No fue solo la Mezquita, fue la vieja Córdoba la que, a partir de aquel instante, conoció Alicia de la mano de Gérard. El templo, sí, con el Patio de los Naranjos, el Lucernario, el Mihrab, con la catedral cristiana que hacía estremecer al hombre... “Fue un verdadero sacrilegio, un crimen contra

la historia y contra el arte”... El templo, pero también el alcázar, el barrio antiguo, la calleja de las Flores, el callejón de los Infantes de Lara, la Corredera, la plaza del Potro, el Cristo de los Faroles. Y Medina Azahara. Lecturas de Ibn Hazm, de Omar Khayyam. Casi sin que se dieran cuenta surgió entre ambos el compañerismo, la amistad, la comunicación perfecta. En más de una ocasión, ya de anochecida, tomaron un coche de caballos y vagaron al azar respirando aquel aire tibio que parecía anunciar el calor de un próximo verano; en silencio, embriagados por el aroma a jazmín, a nardo, a claveles. Romero de Torres, las tabernas diminutas, el vino dorado, rasgueo de guitarras, cante. Finalmente un patio recoleto, sus muros recubiertos de azulejos, una habitación encalada, sobria, austera, el pequeño hotel donde se alojaba Gérard, lejos del grupo, lejos de todo y de todos. Un mundo aparte que fue también suyo durante unos pocos días increíbles, demasiado breves.

Inmersa en su nueva dicha, Alicia se preguntaba si alguno de sus compañeros habría advertido lo que estaba sucediendo, si la misma Charo, defraudada quizá en sus propias expectativas, no se interrogaría sobre el porqué de sus diarias desapariciones a media tarde. No regresaba a la residencia hasta altas horas de la noche, y en más de una ocasión no regresó. Le parecía entonces que su profesora la observaba de una forma especial, distinta, aunque no le hablara abiertamente. Mejor así, aunque en todo caso a ella no le importaba. Nada le importaba excepto la felicidad, la plenitud vivida aquellos días junto al hombre. La inquietaba tan sólo pensar en cuál sería el futuro de aquella relación. Mercier bien pronto se lo aclaró cuando, el último día, le pidió su número de teléfono. Quería continuar viéndola.

No se engañaba sin embargo, sabía que sería por un tiempo muy breve, finalizado el curso él regresaría a Francia; pocas eran las posibilidades de que se vieran de nuevo, de que un día volviera. Francia. Allí le aguardaban su mujer, sus amigos, su cátedra. Su mundo. Ella habría sido únicamente un paréntesis, la compañera de unos meses que dentro de poco se irían convirtiendo en un recuerdo más y más brumoso y lejano, lo sabía, lo supo desde el principio. Y lo aceptó.

—Sin reproches Gérard. Sin rencores. Fue lo acordado.

Romana y mora, Córdoba callada...

No importan los lugares, importan los seres con quienes un día los compartimos. Años más tarde Alicia retornaba a Córdoba. La ciudad le pareció, en esta segunda visita, muy distinta, silenciosa, más gris y oscura y en cierto modo perdido su embrujo, la vida parecía haberse detenido en ella. Comprendió entonces que la estaba contemplando a través de su propia nostalgia, de su añoranza por Gérard Mercier, que quizá hizo mal en regresar. La magia, el esplendor, se habían desvanecido, quedaba el recuerdo. Su propia vida estaba en otra parte, lejos de allí, y le gustara o no tenía que aceptarla, aceptar la realidad. Su trabajo, el instituto en un barrio obrero, sus alumnos. No parecía haber en ella lugar para un hombre, pero tal vez había llegado el momento de tener un hijo, ¿por qué no?

Y ahora ese hijo, esa hija que vino en gran parte a colmar un vacío, era ya una mujer hecha y derecha. Y Gérard había muerto. Sí, tendría que darle la noticia a Charo, debía saberlo, fueron colegas; la misma dedicación, la misma materia. También ella les acompañó a Córdoba.

La llamó por teléfono y, al siguiente día, la visitaba en su apartamento. Llevaban mucho sin verse y Charo, de repente, apareció ante ella como una anciana de cabellos grises y movimientos dificultosos. “Tomaremos el té, ¿te parece?”. Estaba contenta de recibirla. “Deberías venir más a menudo, no te costaría tanto”... Sola, vivía sola, como siempre lo hiciera. “Todavía me valgo ¿lo ves? todavía puedo cuidar de mi misma y de mi casa; es pequeña, eso sí, en su momento tuve el acierto de mudarme a este apartamento, el piso heredado de mis padres resultaría ahora demasiado grande. Lo vendí”.

Casi no sabía cómo darle la noticia. Con cuidado, debía hacerlo con cuidado, con mucho tacto. Los ojos de la mujer, como ya esperaba, se humedecieron al escucharla. Movi6 la cabeza lentamente

—Gérard, Gérard Mercier. ¿Dices que ha muerto? No, no lo sabía. Dios mío, no puedo creerlo, él, tan fuerte, siempre tan animoso, tan vital, si parece que fue ayer cuando estuvo aquí, entre nosotros, en nuestra facultad; con él fuimos a Córdoba, ¿recuerdas?

Y tras una pausa...

—Te contaré algo Alicia, bonita, algo que jamás he contado a nadie. Hablar de ello todavía hoy me produce un ligero pudor, no creas, ciertas cosas las he considerado siempre muy mías. Durante aquel viaje Gérard me pretendió, vaya que sí. Por las mañanas os acompañábamos a vosotros, los estudiantes, pero las tardes eran nuestras, las pasábamos juntos; solos. Fue magnífico, recorríamos la ciudad incansables; la ciudad y sus alrededores. Y también, te lo confieso, íbamos a su hotel. Somos humanos, ¿por qué no? Ambos éramos adultos, a nadie teníamos que rendir cuentas ni dar explicaciones. Claro que yo supe siempre que aquella relación no tenía ningún futuro, es más, llegado el momento me negué a continuarla, aunque él me lo pidió; no quise destrozarse su matrimonio, pero ¿por qué renunciar a la felicidad de unos días? Gérard me quería, sí, me quería, pero existían otras muchas consideraciones, razones de peso; su mujer, su carrera... No pudo ser, pero me amó, fuimos dichosos. Lo crees, ¿no es cierto?

Alicia, mientras su antigua profesora le habla, la contempla más y más perpleja. La mujer, sin duda para resarcirse de su propio desencanto, de un cúmulo de frustraciones, ha ido forjando de forma insensible un pasado ilusorio, el que hubiera deseado, el que nunca fue, y ahora cree firmemente en él y en su realidad. Su relación imaginaria con Gérard durante aquellos lejanos días cordobeses es ahora, en sus recuerdos, la verdad y la justificación de toda una vida.

¿Para qué desilusionarla, para qué mostrarle la cruda verdad, con qué objeto? ¿Por qué no la caridad por su parte?

—Claro que sí, Charo, te creo. Es más, ya lo sabía, creo que lo supimos todos, todo el grupo, que nos dimos cuenta desde el primer día. Gérard te amaba.